



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9371

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península. — Un mes, 2 ptas. — Tres meses, 6 id. — Extranjero. — Tres meses, 125 id. — La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. — La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 23 DE ENERO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Corresponsales en París, A. Lorette, rue Camartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio en MADRID, CALLE DE S. LÓPEZ, n.º 1 (P.º de Recoletos)

GARANTIAS

Capital social efectivo Pesetas 12.000.000
Primas y Seguros 40.897.937

Reserva 52.697.900

29 AÑOS DE EXISTENCIA

EL FÉNIX EN LA PENA DE INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 48.301.875,53.

Dirigirse a J.º Subdirectoras Sras. Viuda de Soro y C.º Plaza de los Cañales, 15.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotal, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

M.ª LEONIE BROUTIN, MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Pura Díaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3.º PRINCIPAL.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, hornos para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de fábrica de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chamberski, varios tamaños y artículos decorados.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL. — Puerta de Yacobi.

MAQUINAS DE COSER

PRECIOS SIN COMPETENCIA. RELOJERIA ALEMANA.

TEODORO KETTERER

LITERATURA EXTRANJERA

EL MENIDIGO

A pesar de no haber rebasado nunca los límites de la miseria, había conocido tiempos mejores que los actuales... Cuando tenía quince años, un coche le rompió las dos piernas, en el camino de París. Desde entonces quedaba impávido, la caridad pública apoyado en sus muletas que le hacían levantar los hombros casi á la altura de las sienes. Su cabeza parecía hundida entre dos montañas.

verendo párroco le bautizó con el nombre de Nicolás. Luego murió su protector y quedó completamente abandonado.

Elucado por caridad, desarrollando ageno á toda instrucción y con el estómago estropeado por el aguardiente con que le obsequiaban muy á menudo el panadero del pueblo de su residencia, fue desde niño un vagabundo que no sabía otra cosa que extender la mano. Algunas veces la baronesa de Arany le permitía dormir en una especie de nicho, lleno de paja, situado al lado de uno de sus cuartos. El día de mayo de un año siempre amarró el pobre mendigo un pedazo de pan y un vaso de agua en la cocina del castillo de la baronesa y aun se dio varias veces el caso de que esta buena señora le arrojará algunas monedas de caudalillo desde las ventanas del histórico edificio. Pero la caritativa dama murió también. En los pueblos comarcanos apenas le socorrían. Cotidianamente ya cuarenta años y estaban cansados de ver aquel cuerpo deformado cubierto de andrajos asquerosos y apoyado en dos patas de madera. A pesar de esta indiferencia y de esta crueldad, el mendigo no quería irse más lejos. Su vida miserable transcurría en aquel rincón, entre aquellos cuatro pueblecillos, cuyos habitantes le miraban ya con desprecio y hasta con odio. Cuando algún campesino le gritaba: «¿Por qué no te vas á otros lugares en vez de estar aquí? No respondía y se alejaba presuroso poseído de un miedo yago, indefinible, del miedo del pobre que teme una porción de cosas desagradables y horribles... las carcas nuevas, las injurias, las miradas, las sospechas de los que no le conocen y los gendarmes que van de dos en dos por los caminos y que le infunden terror sin saber por qué.

Siempre que los vaia apoderaba de la miseria y buscaba ansioso un matrazo, una zanja, cualquier sitio á propósito para ocultarse. Algunas veces se basaba caer al suelo y se hacía una bola pequeña, casi invisible que se confundía á los ojos con

un montón de tierra. Nada tuvo que ver con ellos en su vida, pero le causaban espanto, un espanto que llevaba en la sangre como si se lo hubieran inoculado los que le dieron el sér.

Durante el verano dormía en cualquier sitio, al aire libre; en invierno se metía bajo los trojes y en los establos, ausentándose antes de amanecer para que no se advirtiera de su presencia. El constante manejo de las muletas había dado tal vigor á sus brazos, que sabía á los graneros con la sola fuerza de sus puños y algunas veces cuando llevaba la suficiente provisión de mendrugos, se pasaba en ellos dos ó tres días, acurrucado en un rincón casi sin moverse.

Vivia, en fin, como las fieras de los bosques, sin conocer á nadie, sin querer á nadie, encontrando en todas partes desprecio y hostilidad. ¡Pobre Campana! Este era su apodo, nacido de la semejanza que existía entre una campana y el cuerpo del mendigo balanceándose entre las dos muletas.

Llevaba ya dos días sin tomar alimento. Parecía que todos los habitantes de la comarca se habían puesto de acuerdo para no socorrerle y para gritarle malhumorados: «¿Por qué no te vas á otro sitio? Hace dos ó tres días que te dejas morir. ¿Crees que tengo obligación de mantenerte todo el día? Por el estilo de estas ó más brascas tan, eran las contestaciones que obtenían sus suplicas y sus ademanes.

Había visitado San Hilario, Varrille y á la Bilette y cifraba sus esperanzas en Tournoles, pero para llegar á este pueblo necesitaba recorrer una distancia de dos leguas y sus fuerzas estaban agotadas casi por completo á causa del cansancio, de la debilidad. Encaminóse á Tournoles lenta y trabajosamente. Era un día crudísimo del mes de Diciembre.

El viento frío y huracanado silbaba al chocar con las desnudas ramas de los árboles.

Corrían las nubes por el espacio y el mendigo avanzaba penosamente, balanceando su cuerpo entre las dos muletas.

De vez en cuando dejábase caer al suelo, descansaba durante algunos minutos y volvía á emprender la marcha, obedeciendo al imperioso mandato de su estómago dolorido.

Al cabo de tres horas divisó las casas del pueblo e hizo esfuerzos desesperados para llegar á él cuanto antes.

Cuando llamó á la primera puerta le contestaron con destempladas voces:

«¿Otra vez aquí? ¿Hasta cuándo vamos á estar sufriendote? Vete al infierno!»

Y Campana se alejó dando un tristísimo suspiro.

En todas partes le rechazaban sin socorrerle.

Saljó del pueblo y se dirigió á los cortijos inmediatos.

A causa de su debilidad y de la blandura de la tierra sobre la cual había caído agua abundante, apenas podía levantar las muletas. No encontró quien le diera una moneda ni un pedazo de pan.

La frialdad y la tristeza habían invadido todos los corazones y todos los espíritus matando en aquéllos la sensibilidad y envolviendo á éstos en espesas sombras.

Hubo un momento en que á Campana le faltaron las fuerzas en absoluto. Descolgóse de las muletas que sostenían su misero cuerpo y cayó pesadamente en el fondo de una zanja poco profunda que rodeaba la finca del Sr. Clequet.

Quedó inmóvil, atontado, pensando de una manera vaga y confusa en lo que le había sucedido «durante las últimas cuarenta y ocho horas, aguardando esa misteriosa ayuda que se espera de Dios ó de los hombres en las circunstancias más difíciles de la vida.

Una bandada de pollos pasaba y repasaba por delante de él, picoteando y escarbando la tierra. Campana fijó en aquellos animalitos una mirada de idiota. De su estómago antes que de su cabeza, de la sensación antes que de las ideas, nació un deseo irresistible... ¡Qué bueno estaría uno de aquellos pollos asado sobre una hoguera de astillas!

Empezó á realizar su proyecto arrojando una piedra al pollo que estaba más próximo y que cayó mortalmente herido aléjandose con desesperación mientras los otros huían y cacareaban. Campana, arrastrándose y temblando de placer, se apoderó de su víctima. En aquel precioso instante sintió que le golpeaban bárbaramente. Era el amo, Clequet, que había presenciado la operación y que precipitándose sobre aquel infeliz que no podía defenderse, desahogaba su furia pisoteándole, dándole fuertes puñetazos en la cabeza y clavándole las rodillas en la espalda. Algunos criados del colono, que llegaron poco después ayudaron á éste en su infame tarea. Cuando todos se cansaron de pegar á Campana recogieron su cuerpo que apenas daba señales de vida y le encerraron en la leñera. Uno de aquellos hombres marchó al pueblo inmediato en busca de la pareja de gendarmes.

Esto ocurrió por la tarde. A las once de la mañana del día siguiente llegó la pareja á la cual explicó el amo Clequet que había sido robado y atacado por el mendigo y que éste quiso matarle lo mismo que mató al pollo.

Uno de los gndarmes gritó desde la puerta de la leñera.

«¡Vamos arriba!»

Pero Campana no podía moverse. Llevaba ya tres días sin probar alimento y tenía el cuerpo aguilado, lleno de cardenales.

Estaba sobrecogido por el terror y casi no se daba cuenta de lo que le ocurría. Obligaronle á coger las muletas y á que se pusiera en marcha.

El infeliz hacía esfuerzos extraordinarios para no perder el equilibrio. Algunos campesinos le espionaban con palabras soeces, injuriosas.

Era ya de noche cuando llegó acompañado de sus guardianes al pueblo cabeza de partido judicial, un pueblo que él no había visto nunca.

ramente lastimoso. Veía las cosas, las personas, los objetos como si estuviera detrás de una espesísima gasa.

Todos sus movimientos eran de autómatas. Nada dijo para defenderse.

Hacia ya muchos años que no pronunciaban sus labios otras palabras que las indispensables para pedir limosna y casi se le había olvidado hablar. Además nada le preguntaron.

Fue encerrado en un calabozo. A nadie le ocurrió pensar en que aquel infeliz tenía que comer.

Y al día siguiente por la mañana cuando fueron en su busca para sujetarle á un interrogatorio — le encontraron muerto, tendido en el suelo.

¡Qué sorpresa!

Guy de Maupassant.

24 de Enero del 93.

(Prohibida la reproducción)

COLABORACION INEDITA.

ESTA ES LA VIDA

Subo poco á poco la altísima escalera que no me parecía sino que nunca se iba á concluir, llego al fin al piso cuarto, casi antesala de las nubes, llamo, me abre la puerta una especie de bruja de edad indefinible y de dudoso sexo á juzgar por sus poblados bigotes y hombruna voz, al reconocerse hace un gesto, al parecer sonrisa que deja admirar un largo, ápero y amarillento hueso que muy bien pudiera ser un diente aunque no lo parece, me franquea la entrada y encuentro á los pocos instantes ante mí caro amigo, que se requeve en el lecho tratando de vencer las últimas caricias del sueño, que con su deliciosa embriaguez de reposo y de ilusiones trata de seducirle.

Sedución lograda en pocos momentos, pues mientras que yo he ensoñado un pitillo, único que guardaba en mi exhausta pataca, un roquido muy semejante á sonido de órgano mal templado, me ha hecho comprender que mi compañero, amigo y colaborador, se ha dejado vencer poco dispuesto á trabajar en estos momentos, por lo menos.

Y así llevamos mes y medio durante el cual hemos empezado immanablemente el trabajo y otras tantas lo hemos vuelto á dejar sin hacer nada, y no será por la abundancia de metálico, ni por si por que la dominante pereza se ha apoderado de nuestros ánimos de tal modo, que yo entiendo.

Tomo asiento ante esta mesa, cojo la pluma y escribo; tengo enfrente el retrato del malogrado escritor, de preclaro ingenio, correcto y festivo estilo, que murió joven y dejó un nombre respetado y querido legando por toda fortuna al hijo, casi niño, entonces, su memoria y su pobre honra.

Esta habitación que fue su despacho, guarda imperecederos recuerdos del hombre y del escritor, los estantes que contienen sus libros predilectos, la mesita en que coleccionaba todos sus trabajos literarios, libros que llevan su nombre y papeles contentando notas y citas que le servían de auxiliar poderoso en sus tareas.

Las últimas chispas que en él conservó el hijo del malogrado escritor, las encendió un artista que me que tiene grabada una foto de él, el día 28 de Julio de 1889. La quinta vez que está terminada, la que aprendió al literato en su época, en aquella instantánea no tuvo tiempo de profetizar una queja, cuando se desahogaron muertos tanta

